

Cuentos Navideños
Compilación

Marcelo Bianchi Bustos
Alejandra Burzac Saenz



ACADEMIA
DE LITERATURA
Infantil y Juvenil
Asociación Civil



Cuentos Navideños

Compilación

Marcelo Bianchi Bustos

Alejandra Burzac Saenz



ACADEMIA
DE LITERATURA
Infantil y Juvenil

Asociación Civil

Cuentos Navideños : Compilación. Marcelo Bianchi Bustos, Alejandra Burzac Saenz... [et al.] ; contribuciones de Carlos Rubio ; compilado por Marcelo Bianchi Bustos ; Alejandra Burzac ; coordinación general de Marcelo Bianchi Bustos ; editor literario Alejandra Burzac ; Marcelo Bianchi Busios ; prólogo de Marcelo Bianchi Bustos y Alejandra Burzac Saenz - 1a ed - San Miguel de Tucumán : A.L.I.J, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-4981-31-8

1. Antología Literaria Argentina. 2. Literatura Infantil. 3. Antología de Cuentos. I. Bianchi Bustos, Marcelo, Burzac Saenz, Alejandra comp. II. Rubio, Carlos, colab. III. Bianchi Buestos, Alejandra, Burzac Saenz, Alejandra, com. IV. Burzac, Alejandra, comp.

CDD A860.9282

La Para acompañarlos en esta (y otras) Navidad



Navidad, un momento del año en el que se unen tradiciones, recuerdos... Una fiesta religiosa pero para muchos solo una fiesta familiar, uno de los días en los que se unen todos para celebrar. Un día en el que se nace a una nueva vida.

Evocaciones de fiestas pasadas, recuerdos de los que ya no están, esperanza al ver a los más pequeños en torno a un árbol y al nacimiento. Y la emoción de los mayores recordando otras navidades.

Este año tan particular por el que se ha atravesado resignifica el sentido de la Navidad. Hoy más que nunca es una fiesta del amor y la de un nuevo nacer, el de él, y de cada uno de nosotros que renacemos con más fuerza y con esperanza.

Estas son algunas de las ideas que nos motivaron a proponer a los miembros de nuestra Academia enviar sus cuentos para conformar esta antología.

Deseamos profundamente que estos cuentos los acompañen cada día en esta preparación para ese día tan esperado. Y los hagan vivir la mágica alegoría de la Vida, del Amor, de la Esperanza que nace cada año para renovarnos desde lo más profundo de nuestro

ser, Jesús nace en la simpleza de un pesebre y con ese nacimiento se ilumina la humanidad año tras año. Seamos luz como él y con simpleza iluminemos el mundo por la Paz, la Armonía.

Alejandra Burzac Saenz y Marcelo Bianchi Bustos
Vicepresidentes
Academia de literatura Infantil y Juvenil.



Invitado Especial

Carlos Rubio
(Costa Rica)

Pinocho, Caperucita y Cenicienta camino a Belén



Carlos Rubio
Costa Rica

Bastante sorprendido quedó Pinocho cuando una estrella bajada del cielo iluminó su rostro de madera. “¿Acaso será la Niña de los Cabellos Azules?”, pensó, “la buena hada me ayudará a convertirme, algún día, en un niño de verdad”. Y se sintió avergonzado, pues había decidido no ir, ese día, a la escuela. Dobló en la esquina hacia la calle empedrada y se encontró, frente a frente, con un ángel de anteojos y pecas en la nariz. Tal vez parecía más un ángel porque llevaba un ramito de mirto atado en el cordel de su cintura.

–¿En qué le puedo servir, señorito ángel? –preguntó Pinocho cambiando de dirección, como si hubiera recordado, de repente, que iba hacia sus clases?

–Debes visitar al más poderoso de los Reyes; gracias a Él las estrellas titilan y el son nos anuncia su sonrisa dorada día a día.

–Pues yo, por ser Pinocho, le llevaré mi vestido de papel y un par de bizcochos,

–dijo el títere y corrió cuesta abajo, dejando oír el traqueteo de sus rodillas ator-nilladas.

Guiado por su instinto, se adentró en el bosque tenebroso. Quién sabe por qué extraña razón las ramas de los árboles, al moverse, parecían sables retorcidos. Se quedó muy sorprendido al ver a una niña, con un capuchón rojo, recogiendo florecillas silvestres bajo los tímidos rayos de sol que se filtraban por en medio de la espesura de las hojas. Enseguida la reconoció:

–¿Pero, qué haces tan sola por aquí, Caperucita? –preguntó la marioneta.

–Mi mamá me ha pedido que lleve a la abuelita esta canasta con una torta, un tarrito de mantequilla, pero me he encontrado con el compadre Lobo y me ha pedido que me enrumbe por este camino –hablaba sin dejar de hacer ramilletes de flores–. El bosque es tan hermoso y me entretuve corriendo tras las mariposas y cortando flores de santa lucía.

–Pues te cuento –afirmó Pinocho–, que me topé con el señorito ángel, con anteojos, pecas y un ramito de mirto atado en su cintura, y me pidió que visite al más grande de los Reyes, el que pinta las nubes de color

violeta durante los atardeceres. Y yo, por ser Pinocho, le llevaré mi vestido de papel y un par de bizcochos. La niña, resuelta, agregó:

—Pues yo, por ser Caperucita, le regalaré un trozo del pan que llevo a mi abuelita.

Ambos se tomaron de la mano, saltaron de piedra en piedra la quebrada y corrieron por un camino cubierto con hojas secas. El compadre Lobo se quedó muy confundido, y se preguntaba qué asunto tan importante podría haber cambiado el rumbo del cuento; y los persiguió con los ojos saltones, los colmillos afuera, sin dejar de menear el rabo.

Se escondió detrás de un arbusto y estuvo a punto de atraparlos, si no se hubiera escuchado el sonido de las ruedas de una carroza dorada, tirada por caballos. Eran raros esos caballos, pues tenían las orejas muy parecidas a las de los ratones; también viajaban seis lacayos con caras de lagartijas. Su única pasajera era una joven con vestido de tisú, adornado con oro y plata. Se quedó muy sorprendida al encontrarse con los dos niños en un sitio tan solitario. Pidió que se detuviera el vehículo, y asomándose a la ventana, les preguntó:

—¿A dónde van con tanta prisa?

La niña de la capucha roja le explicó:

—Un ángel con anteojos, pecas y una ramita de mirto en la cintura ha dicho que debemos visitar al más grande de los Reyes. Gracias a Él llueve durante el invierno y el agua dulce y bienhechora corre por los ríos y alegra a los peces. Por eso, Pinocho le llevará su vestido de papel y un par de bizcochos y yo, por ser Caperucita, le regalaré un trozo del pan que llevo a mi abuelita.

La joven de la carroza no dudó en decir:

—Pues yo, por ser Cenicienta, le daré un zapatito de cristal y una cinta de seda.

Y sin dar más explicaciones, uno de los lacayos con cara de lagartija abrió la puerta y dispuso una pequeña escalinata para que Caperucita Roja y Pinocho subieran al carruaje y pudieran viajar a un destino desconocido, el cual parecía encontrarse bajo una estrella.

No se percataron de que los perseguía el compadre Lobo, con su incesante movimiento de rabo, y un gato con botas, con un sombrero de ala ancha, que se sentía más atraído por delicioso olor a ratón que emanaba de los caballos.

Al anochecer llegaron a un monte que parecía haber sido confeccionado con un arrugado y oscuro papel. Nunca habían visto tantas de esas flores que llaman estrellas federales. ¿Por qué los árboles movían sus ramas adornadas con esferas de colores y velas encendidas? ¿Quién pudo haber imaginado caminitos de aserrín rojo y verde? ¡Qué hermosos eran esos peñascos coronados con musgo fresco y las bromelias escondidas detrás de las casitas de barro!

Los viajeros de la dorada carroza comprendieron que habían llegado a su destino, pues una estrella resplandecía encima de sus cabezas. ¿Acaso estaban frente a un palacio? Pues no, tan solo tenían una cueva ante sus ojos. Bastaba el fuego para iluminar a una mujer con un manto tejido de luciérnagas, un hombre con barbas de virutas de madera y un recién nacido que se calentaba con el tierno vaho que salía de la boca de un buey y de la paja, que aún estaba fresca.

Pinocho le entregó su traje de papel y un par de bizcochos, Caperucita le regaló un trozo del pan que llevaba a su abuelita y Cenicienta le dio un zapatito de cristal y una cinta de seda. Al Compadre Lobo se le

humedecieron los ojos y ojos y el Gato con Botas no pensó más en sables ni en guerras.

A Belén llegaron también Blancanieves, los siete enanos y la Bella Durmiente con un coro de hadas buenas.

El Niño Jesús, al verlos, abrió los brazos hacia ellos, les sonrió y se imaginó jugando con todos, elevando barriletes por encima del planeta, brincando a la rayuela y hasta danzando mientras cantaban la ronda del aserrín, aserrán, los maderos de San Juan...



Ilustración Vichy Ramos



Autores

Sarah Mulligan

Alejandra Burzac

María Julia Druille

Olga Fernández Latour de Botas

María Paula Mones Ruiz

Ana María Oddo

Honorina Zelaya Nader

Graciela Pellizzari

María Fernanda Macimiani

Cecilia Glanzmann

María Isabel Greco (Marisa)

Marta Cardoso

Darcy Mell

Mari Betti Pereyra de Facchini

Mario Fidel Tolaba

Gladys Abilar

La estrella de Oriente



Sarah Mulligan

Había una vez, hace mucho pero mucho tiempo, un nene que pastoreaba ovejas en la colina de un tan lugar lejano que no es posible siquiera encontrarlo en los mapas. Desde la cima podía ver las luces del pueblo y sus gentes moviéndose de aquí para allá. El cielo estaba plagado de puntitos titilantes y la brisa era sedosa y fresca.

-¡Qué noche preciosa! -murmuró.

-¿Qué dijiste?- le preguntó una voz dulcísima y firme que venía de todos lados y de ninguna parte.

El pastorcito pegó un salto, asustado, y se escondió tras un arbusto:

-¿Quién me habló?

-Soy yo. ¡Ey! Acá arriba- El chico miró hacia todos lados.

-Aquí, eyyy, ¿no me ves?? Soy la Estrella del Oriente, dijo con orgullo y brilló con tanta fuerza que dejó chiquititas al resto de estrellas. - ¿Podrías repetirme lo que dijiste?

-Que... que... que está linda la noche, balbuceó el nene.

-¿Cómo no va a ser hermosa, si hoy se festeja la llegada del amor?.

-¡Ah! -exclamó, sorprendido el chico y dos lágrimas se asomaron por sus ojos grandes.

-¿Qué pasa, chico?

-Nada. Es que... mi familia está lejos. Mucha venida del amor pero no tengo con quien festejar.

-¿Cómo que no? ¡Te acompaña la mismísima Estrella del Oriente! -rió la estrella. Y, como bien se sabe, cuando las estrellas se ríen hacen un desbarajuste de luces en el cielo. El nene quedó maravillado con las piruetas que hizo su nueva amiga y también se rió.

-¡Ven conmigo! -lo entusiasmó la Estrella.

-¿Adónde?

-¡Si no vienes no te enteras!

Como no tenía mejor cosa que hacer aquella noche, decidió seguir a su enigmática amiga. Hizo un sonido con el cuerno y sus ovejas los siguieron por la ladera de la colina.

De pronto vieron a un leñador que cargaba una inmensa bolsa sobre la espalda y se apoyaba sobre el hacha como si hubiese sido

un bastón.

–Eyyy, leñador... ¿qué haces trabajando? ¿Sabes que hoy es día de fiesta?– Le preguntó la estrella.

–Ah, sí –dijo el leñador, ensimismado, sin mirar de dónde venía aquella voz y sin percatarse del niño.

–¡Eyyyy! – gritó más fuerte la Estrella del Oriente. – ¿Acaso no te alegra?

–Me da lo mismo. Perdí a toda mi familia. ¿Qué me importa?

–Pues aquí hay una. Te presento al... ¡Pastorcito de los brillantes cabellos del color de las castañas y –señalándose a sí misma con un haz de luz- a la mismísima Estrella del Oriente! ¿Qué tal?

–Sí. Je. ¡Vaya Familia!

–¡Ven! ¡Sígueme!

–¿Adónde?– dijo el leñador, intrigado ante tanto alborozo.

–¡Si no vienes no te enteras! –El hombre dudó un instante. Miró el pueblo animado y ruidoso y supo que ahí se sentiría más solo que nunca. ¿Qué perdía siguiendo a la simpática Estrella? Así que los siguió. Caminaron un buen trecho. La Estrella no paraba de hablar.

–¡Hooooola! –gritó la Estrella del

Oriente a una ancianita sentada sobre una roca que cascaba unas nueces. – ¿Qué haces, abuelita?

–¿Abuelita? Ni un solo nieto tengo. ¡Ja!
¡Abuelita!

–Vamos, aquí tienes uno- le dijo la estrella mostrándole con un dedo luminoso al pastorcito que no había abierto la boca. La anciana lo miró y gruñó:

–¡Bahh! ¡Estrella mentirosa! ¡Habrás visto! Y siguió cascando nueces.

–¿Piensas quedarte aquí con tus nueces? ¿Qué te parece si vienes con nosotros?

–¿Adónde?

–Pues... ¡Si no vienes no te enteras!- y la estrella dio otra voltereta, destellando luces de colores.

La anciana estiró sus piernas y se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que estaba sentada en la misma posición sobre la roca. Mal no me vendría caminar un poco, se dijo. Se levantó con esfuerzo y los siguió.

Al rato se escuchó una bella melodía navideña. Caminaron unos pasos y encontraron a un joven, de barba negra que cantaba al son de la guitarra.

–¡Epa! ¡Qué bien cantas!

–¡Oh! Canto para mi esposa de ojos ver-

des y también para los amigos que dejé en el Gran Continente. Me vine a trabajar a este lugar perdido y ahora...

—¡Oh! ¡Sígueme!- lo invitó la estrella. ¡Pero trae tu guitarra! ¿Eh?

El hombre, cautivado por la alegría de la estrella, se paró y los siguió sin dejar de tocar el instrumento.

El camino se llenó de música y al rato vieron a un hombre alto que sostenía a una joven embarazada.

—¡Hoola bonita pareja! ¿Qué andan haciendo?

—Mi esposa está por dar a luz. Pedimos ayuda, pero la verdad es que nadie nos deja pasar a su casa. ¿Pueden creer?

—¡Oh! No se hagan ningún tipo de problema. ¡Conozco un lugar que les va a encantar! ¡Sígueme!

—¿Adónde?- preguntaron el hombre y la mujer embarazada.

—Ahhh ¡Si no vienen, no se enteran!

Los jóvenes no tenían mucho tiempo para pensar y como no tenían un mejor plan, la siguieron.

Cerca del pueblo había a un establo. Una vaca se acercó enseguida a recibirlos.

-¡Bienvenidos! ¿Qué andan haciendo por aquí a estas horas?

-¡Hola vaquita linda! -dijo la Estrella del Oriente- Esta gente necesita un favorcito. Está por nacer su bebé. ¿Tendrías un buen lugar donde ubicarlos?

-¡Claro que sí! ¡Claro que sí! ¡Adelante! ¡Pasen, pasen!- La vaca estaba tan contenta que la campanita que colgaba de su cuello se movía de un lado al otro. Entraron al establo: el pastorcito, el leñador, la anciana, el hombre de la barba negra con su guitarra, la pareja de jóvenes y, por supuesto, la Estrella del Oriente.

-¿Qué les parece? ¡Mi propia cama!, la vaca los hizo les mostró un montón de heno amontonado en el fondo. El nene, que seguía sin decir palabra, estiró sobre el heno su túnica de pastor y el joven ayudó a la chica a recostarse. Enseguida se acercó un caballo; después, un buey y dos burros. Las ovejitas le pidieron al nene permiso para entrar. ¡Por nada del mundo se iban a perder el nacimiento del bebé!

-¡Qué bien estamos acá!- dijo la joven. Mientras tanto, el leñador abrió su bolsa y con los maderos hizo una fogata. El chico ordeñó a la vaca y sirvió leche en

unos cuencos que encontraron en el establo; la anciana cascó unas nueces y las repartió y el muchacho de barba negra cantó al compás de su guitarra mientras la Estrella del Oriente hacía piruetas de colores.

De pronto, se oyó el llanto de un bebé. El muchacho alzó al niño, y lo colocó sobre el pecho de la joven madre. Sin saber por qué todos cayeron de rodillas pues la escena era muy bella y allí reinaba una paz desconocida.

Entonces la joven vio a la anciana tan emocionada que le permitió sostener a su hijo. Por unos instantes, la mujer sintió que mecía a su propio nieto y sintió un amor inexplicable. El leñador -que había perdido a su familia- levantó en alto al bebé y en ese momento sintió que recuperaba la alegría de otros años. El cantor reconoció en los ojos del niño la verde mirada de su esposa. El pastorcito sintió por un momento que aquel bebé podía ser su hermano pequeño y jugó con sus dedos diminutos.

Mientras tanto, el hombre de barba negra cantó una bella historia: hace muchos, pero muchos años, en un pueblito llamado Belén, hubo en un pequeño establo donde nació un rey sencillo. Estaba rodeado de seres soli-

tarios que le ofrecían sus dones: su túnica de pastor, sus nueces, su música, sus leños y el recién nacido les ofreció el calor de su amor por siempre jamás. La guitarra sonó hasta que todos se quedaron dormidos.

Al amanecer, el pastor, la anciana, el leñador, el músico, la vaca, el caballo, el buey, los burros y las ovejas se despertaron felices. ¡Habían vivido la mejor Nochebuena de sus vidas! Sin embargo, la pareja de jóvenes y el bebé ¡habían desaparecido! Los buscaron por todos lados, ¡y nada! Tampoco tuvieron noticias de la Estrella del Oriente, aunque eso era esperable porque se sabe que a las estrellas solo se las ve por las noches.

Cuando abrieron la puerta del establo, un rayo de sol iluminó la estancia. Entonces, vieron algo que los hizo estremecer. Sobre la pared, había unas figuras esculpidas en la piedra. Se acercaron un poco más y pudieron reconocer los rostros resplandecientes de la joven, del flamante padre y del bebé recién nacido. Sobre ellos, pudieron ver la inmensa sonrisa de la Estrella del Oriente.

El Cofre



Alejandra Burzac Saenz

Hace muchos años, en un viejo depósito, en la casa de un anciano que según dicen vivió más de ciento veinte años, un grupo de jóvenes encontró muchos objetos definitivamente extraños. O si no extraños, extravagantes, o si no extravagantes, desconocidos, y si no desconocidos, misteriosos. No sabría decirles que eran exactamente ya que eran extraños, extravagantes, desconocidos y misteriosos.

El anciano vivió tantos años ya que según él mismo decía necesitaba dejar un heredero que cuidara aquellos objetos que eran de mucho valor para la humanidad.

Entre todas las cosas había un pequeño cofre dorado. Sus grabados y relieves eran de tan exquisita belleza que a simple vista quedaba la sensación de que debieron pertenecer a alguien de la realeza, y que era muy, muy antiguo. Observándolo de cerca podía verse entre las formas que lo decoraba la silueta perfecta de un dromedario.

–Los dromedarios son de Medio Oriente,
–dijo uno de los jóvenes entusiasmado.

–Sí, es verdad, –aseveró otro.

–¿Dromedario, rey...? –preguntó un tercero.

Todos quedaron en silencio, pensando en dromedarios, esos camellos con una sola joroba y reyes, y objetos.

–El más alto de los jóvenes dijo:

–Rey mago.

–¡Sí! –dijeron los otros. El dueño puede haber sido un Rey mago.

¿Un cofre, con la silueta de un dromedario de Medio Oriente podría ser de un rey mago? Se dijeron.

Seguro el cofre era el que llevaba Gaspar, el joven de barba dorada que llegó montado en un dromedario, siguiendo la estrella de Oriente. Allí debe haber llevado el incienso.

El incienso era muy común en Medio Oriente. Lo utilizaban para la elaboración de perfumes. Valorado además porque se usaba en los altares. Gaspar obsequió al Mesías incienso, pues se trataba del hijo de Dios, y a las divinidades se les rendía culto quemando incienso.

Dentro del grupo venía un pequeño, que era descendiente del anciano longevo, que era el que cuidaba aquellos singulares objetos. El niño era muy conocido por su extrema bondad, prudencia y sabiduría, a pesar de

sus apenas siete años. El niño se acercó al misterioso cofre y diciendo unas palabras en araméo, la lengua de cristo, que sólo él entendía, levantó la tapa. Una luz cegadora salió del pequeño recipiente.

El incienso se expandió en toda la habitación. Era aroma y luz. Las partículas del aire parecían interpretar una sinfonía sagrada.

Las manos del niño brillaban y de ella salían arcoíris. El pequeño, al introducir su mano en la pequeña cavidad del cofre, provocó una llama viva. Como una fogota con siete lenguas de fuego.

Algunos juraron que, mientras veían las llamas y el perfume invadía el espacio, pudieron ver ángeles con trompetas en las cuatro esquinas de la habitación. Y querubines celestiales giraban en el techo.

Cuando las llamas estaban agotándose un silencio se impuso. La luz volvió a la caja y se cerró en seco.

Al cerrarse, estrella fugáz, cayó ante los ojos atentos de los presentes. Era un veinticuatro de diciembre, y las campanas de la iglesia cercana daban con algarabía las doce campanadas navideñas.

Todos quedaron mudos. Ninguno podía decir si eso pasó o fue un sueño. Pero desde

entonces dicen que aquellos muchachos encontraron la sabiduría de pensar, decir y hacer que tenía el niño, y junto a él recorrieron el mundo enseñando a todo el que quería aprender los misterios de la vida y la verdad. Por donde pasaban había un profundo aroma a incienso, a sagrado, a divinidad.

Se los conoció por siempre como los hombres más fraternos, justos y libres de la faz de la tierra.

Regalo de Navidad



María Julia Druille

Eso de los regalos para Navidad no es para nosotros. Nunca tuvimos. Pero mi papá a veces se las ingenia para hacernos sentir ricos.

Cuando llega, cansado de haber acarreado el carro por toda la ciudad no tiene más ganas de nada, pero ese día era Nochebuena y él venía con algo escondido.

Estábamos muy ansiosos por lo que se traía entre manos, pero dijo que recién lo mostraría a la noche, después de las doce.

Creo que mamá tampoco sabía nada porque se sorprendió tanto como nosotros cuando trajo ese paquete enorme que nos pidió que abriéramos.

Era un barco azul de papel y madera que encontró en la puerta de un colegio, entre la basura que habían sacado después de la fiesta de fin de curso.

Era bonito, muy bien construido pero el encanto del barco fue otro, fue lo que papá nos fue contando porque en ese barco subimos todos y viajamos por los mares de la China y soportamos los tifones ateridos de frío y llegamos a la costa de una isla

solitaria, comimos los frutos silvestres, descubrimos una cueva y nos cobijamos y nos habituamos a disfrutar de la naturaleza y fuimos respetuosos con ella y solo pescamos los peces que necesitábamos para comer y sobrevivir. Luego emprendimos viaje nuevamente y surcamos las costas de India y de Arabia y llegamos a África.

¿Y después?, bueno, después nos dormimos sobre los almohadones, tirados en el piso y ahí sí que viajamos, hacia las estrellas más lejanas, hacia más allá de la galaxia, felices, como navegantes que por fin han cumplido su más ansiada aventura.

Navidad en el pueblo donde no había ningún árbol



Olga Fernández Latour de Botas

Había una vez un pueblo muy pequeño, enclavado en la ladera de una montaña y rodeado de un paisaje desierto. Sus habitantes eran pastores de ovejas y cabras, gente muy laboriosa, que con la arcilla y la arena de los terrenos que los rodeaban hacían lindos y resistentes objetos de cerámica y con la lana de sus ovejitas tejían, en telares rústicos, mantas, ponchos, fajas, con colores brillantes que sacaban de los pocos arbustos achaparrados que crecían en esos arenales o que iban a buscar cuando, bajando hasta la quebrada más próxima, se acercaban al río.

Todos los naturales de ese pueblo eran muy religiosos, creyentes en los misterios del catolicismo, y adoraban especialmente al Niño Dios, como que era el patrono de su pueblo llamado, por eso, Villa Divino Niño. Así es que, aunque celebraban con Fe y entusiasmo todas las fiestas del calendario cristiano, la más importante de todas era para ellos la Navidad, y el Nacimiento de Jesús era motivo para que todas sus sencillas viviendas abrieran sus puertas y dejara-

ran ver, en su interior, hermosos pesebres transmitidos y mantenidos de generación en generación. Allí rivalizaban en belleza las imágenes de la Sagrada Familia - Jesús, José y María-, las de los ángeles, las de los pastores que fueron a adorar, las de los Reyes Magos con sus clásicos camellos y toda suerte de animalitos que parecían querer unirse, en ese escenario devoto y doméstico, a la gran celebración.

Cierta vez llegó al pueblo, de paso hacia otros pagos, una niña que viajaba con sus padres, procedentes de las zonas boscosas que quedaban a varios días de marcha de la Villa Divino Niño y, como era tiempo de Adviento y ella vio los preparativos para la Navidad que en las casas se hacían, comentó entusiasmada: “¡Esta es la Navidad más linda que conozco! ¡Sólo le falta la adoración del árbol!”. “¿Y qué es la adoración del árbol?”, preguntaron los chicos del pueblo. “Es una danza que hacemos en el lugar de donde yo provengo, por la cual los chicos vamos girando alrededor de un árbol florecido en el cual hemos colocado una imagen del Niño Jesús, mientras cantamos coplas de alabanza”.

“¡Cómo nos gustaría bailar esa danza

a nosotros también”, dijeron los chicos, “pero aquí no tenemos árboles alrededor!”. La niña visitante, que era muy buena y linda, les dio entonces una hojita de papel donde había escrito varias coplitas que tenía en su memoria y dijo, antes de partir: “¿Y si hicieran un árbol de cerámica y le pusieran fajas de colores clavadas en su cumbre, que caerían a tierra como ramas y flores tejidas en telar. Ustedes podrían tomar las puntas de esas fajas y girar cruzándose, alrededor del tronco de barro cocido hasta revestirlo, como hacemos nosotros con el árbol, mientras cantan las coplas que yo les dejo, y luego realizar el recorrido hacia el otro lado diciendo, por ejemplo:

“Destrencen las trenzas,
vuelvan a trenzar
que el Rey de los Cielos
se va a coronar.”

Y así fue como, desde entonces, en aquel pueblo donde no había ningún árbol, cada Navidad florece un tronco de cerámica, adornado con fajas de los más vivos colores de cada uno de cuyos extremos inferiores se toma un chico o una chica que, cantando villancicos para adorar al Divino Niño, giran cruzándose de tal manera que el soporte

quede cubierto por las fajas trenzadas por obra de la universalmente famosa Danza de las cintas.

Complicidades



María Paula Mones Ruiz

La llegada de diciembre era sinónimo de alegría por el entusiasmo que generaba en mí, ese momento de armar el pesebre. Lo que más me gustaba era acostar al niño Jesús y asegurarme de colocar a sus papás lo más cerca posible. Luego los Reyes Magos, en fila, con sus presentes.

Cada noche, antes de ir a dormir, me sentaba un rato cerca del pesebre para confirmar que el niño ahí seguía acostadito. Recuerdo que lo cubría con un pañuelo blanco y, como no sabía rezar, le cantaba el arrorró...

Hasta el momento ignoraba que la escena había sido presenciada por dos espectadores ocultos: mis hermanos (apenas más altos que yo). Los descubrí pero no les dije nada. Y por cierto creyeron que no los había visto salir corriendo descalzos y meterse de nuevo en la cama tapándose la risa.

¿Me habrían estado observando cada noche o solo esa vez?

En vísperas de Navidad agregué algunos adornos al árbol y observé que el niño Jesús no estaba en el pesebre. Segura de la tra-

vesura de mis hermanos, segura de que ellos lo tenían, enojadísima fui a culparlos. Se miraron con esa complicidad incuestionable y con las manos detrás confirmaron su respuesta, diciendo:

-Si adivinás quién de los dos lo tiene, te lo devolvemos -.

Entonces pensé en lo infalible del abrazo que siempre cerraba nuestras discusiones. Y eso hice, los abracé y pude espiar en puntas de pie sus manos escondidas.

Juntos, los tres, colocamos al niño Jesús en el pesebre.

La Navidad ya estaba en nosotros.

Una historia que comienza



Ana María Oddo

Esa mañana, las cosas sucedieron como siempre: el gallo cantó y ese fue el comienzo de la historia. Porque entonces, el sol salió y cada uno se dedicó a sus tareas de todos los días: los campesinos a trabajar la tierra, los mendigos a mendigar, los soldados a hacer la guerra y los poderosos a dar órdenes. Cuando llegó la noche estaban todos tan pero tan cansados que se prepararon para ir a dormir. Pero entonces algo ocurrió. En el cielo apareció una luz poderosa, brillante. Y algunos dicen que ese fue el verdadero comienzo de la historia, porque provenía de una estrella tan pero tan grande como jamás se había visto. Si hasta parecía que si uno estiraba la mano podría llegar a tocarla. Todos, los campesinos, los mendigos, los soldados, los poderosos se quedaron tan asombrados que no podían dejar de mirarla. En conclusión, que en ese reino lejano del oriente esa noche nadie durmió. Las luces del amanecer hicieron desaparecer el fenómeno y ese día todo se desarrolló normalmente. O casi. Porque la gente no dejaba de murmurar y preguntarse unos a otros qué podría significar aquello. Lo asombroso fue que al llegar la noche, otra vez la estrella se hizo presente con su

gran tamaño y su luz brillante. Y lo mismo pasó la tercera y la cuarta. La quinta noche algo inesperado ocurrió: la estrella empezó a parpadear como si quisiera guiñarles un ojo a sus admiradores y, ante la mirada absorta de todo el pueblo, empezó a moverse lentamente hacia el oeste.

Sin decir palabra, los habitantes de aquel reino, uno tras otro, se pusieron en marcha decididos a seguir su recorrido. Sobre el fondo oscuro de la noche, alumbradas por la estrella, se recortaban sus figuras. Allí iban los poderosos, los soldados, los campesinos, los mendigos. Los animales de la granja no quisieron quedarse atrás: también iban las vacas, los corderos, los conejos, los caballos, las gallinas. Y dicen que hasta el león quiso estar presente. Por eso hay quienes piensan que ese fue el verdadero comienzo de la historia.

Lo cierto es que la caravana cada vez era más grande porque al pasar por los distintos reinos la gente se iba incorporando. Y así durante días y días, semanas y meses. Hasta que un día, de pronto, la estrella volvió a parpadear y se detuvo. Era tanta la gente que se amontaba debajo de ella que nadie podía ver exactamente dónde se había detenido.

-Seguramente sobre un campo rebosante de trigo- dijeron los campesinos.

-No, tiene que ser un castillo fortificado- dijeron los soldados.

-No, si caminamos tanto tiene que tratarse de un magnífico palacio- dijeron los poderosos.

-No, miren bien- dijeron los mendigos
- es un pesebre.

- ¡¡¿¿Un pesebre!!??

-Sí, y se escucha el llanto de un niño.

Entonces, poco a poco, se fueron acercando y vieron que era verdad: allí, en una cunita de paja, envuelto en pañales, había un niño recién nacido. Su carita era más luminosa que la estrella que los había guiado y tenía sus bracitos en alto, como llamándolos. Y entonces sí, ya nadie lo dudó, ese fue el verdadero comienzo de la historia.

Celeste y el Burrito Belín



Honoría Zelaya Nader

Todos los días, a la hora exacta en la que las flores exhalan sus mejores fragancias, Celeste debía recogerlos. Él era el responsable de trasladar hacia cielo, las fragancias del Tucumán.

Linda tarea ¿Verdad?

Además, te debo decir que Celeste era un ángel juguetón. Y dueño de una gran imaginación. Tanta... que a veces transformaba a las nubes en caballos alados y practicaba saltos hípicos entre los rayos del sol, pero... cierto día tras galopar y galopar sobre los helechos del Aconquija llegó tarde a su trabajo y los dueños de los aromas, molestos por su impuntualidad decidieron no atenderlo. Además, ya les habían regalado sus aromas al viento.

¡Imagínate! Tratá de imaginarte ¡Todos los perfumes dispersos..!

¿Y ahora...?

Ahora, era imposible recuperarlos. Y como si fuera poco lo que le había pasado, en el cielo y lo estaban esperando.

No era simple lo que le había ocurrido. No. No era nada simple. Y tan angustiado

estaba por lo sucedido que empezó a llorar y mientras las lágrimas se deslizaban copiosamente por sus mejillas, un burrito que pasaba por ahí, al verlo tan angustiado se conmovió. y a Celeste, le bastó mirarlo para sentir que estaba frente a un amigo. Sin titubear decidió contarle lo que le pasaba.

El burro, sin decirle ni media palabra, empezó a aspirar hondo. Muy hondo. Una vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

Y lo que aspiraba luego lo exhalaba en las alas del Ángel.

Tras unos pocos instantes, Belín había logrado rescatar a todos, a todos los aromas dispersos ¡El problema estaba resuelto!

Celeste no podía salir de su asombro. Ahora sí que podía regresar habiendo cumplido su cometido pero en el momento preciso en el que se disponía a retornar lo detuvo una Voz:

—¡Espera, Celeste! ¡Espera! Ponle tus alas a Belín y dirígete hacia Belén . En una hora, ahí nos hemos de ver.

Fiel a lo indicado así lo hizo. Y partieron los dos.

¡Era una maravilla ver volar a un Ángel

en un burro alado!

Por donde pasaban les cantaban:

Arre borriquito

vuela hacia Belén

Que en Belén un Niño

pronto ha de nacer.

Al llegar al sitio indicado se encontraron con un Niño más hermoso que el mismo amor, pero hacía tanto frío en ese lugar que hasta Belén se estremecía. Pero no sólo temblaba por él. Le preocupaba el Niño.

¡Había que darle calor! Sin más, ni más empezó a hacerlo con su aliento. Un aliento que sabía a jazmines, cedrones, quimpe, poleo.

Un aliento que perfumaba al humilde establo con las fragancias del Tucumán.

María, lo miró con ternura. José, lo acarició y el Niño le regaló una sonrisa, y en ese preciso instante las fragancias se transformaron en luces voladoras que se prendían y apagaban como estrellas juguetonas.

Belén no entendía nada. Celeste se lo explico:

–Es un regalo que te da el Niño.

–Regalos, dices...?

-Sí. Son bichitos de luz. Unos bichitos que en las noches muy oscuras, alumbraran tu camino. ¿Y sabés por qué lo hace...?

Porque este Niño - que se llama Jesús- es el Hijo de Dios y ha venido a la Tierra para...

¡Escuchá! ¡Escuchá! Ya los Ángeles y los Arcángeles lo dicen:

-¡Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad!

¡Paz! -respondió con emoción, Belín, - mientras el Niño Dios y Celeste le hacían eco.

-¿Los escuchás...?

Una estrella para el árbol navideño



Graciela Pellizzari

*“Esta noche es Nochebuena
y mañana es Navidad . . . ”
(villancico folklórico)*

No eran ‘BUENOS’ los ‘AIRES’ de la ciudad... aquella tarde, en vísperas de Nochebuena.

Los húmedos y gomosos vahos nos envolvían, en una sensación soporífera.

A pesar de la pesadez climática, esperábamos la Navidad con ansias renovadas...

Completábamos nuestro árbol navideño con una ESTRELLA confeccionada en cartulina. La decoraban unas manitos pequeñas, con brillantina dorada.

Plegada y pegada luciría en la punta y la iluminaríamos con las luces preparadas para la ocasión, en esos pocos días al año.

La humedad ambiente hacía que la brillantina se pegoteara en sus pequeños dedos que querían ponerle el color adecuado.

Esperamos pacientemente, que no se resbalara o desprendieran los tonos dorados, para lucir nuestra ESTRELLA, en la punta del pino verde, muy verde.

Llegó el momento anhelado: colocar la

ESTRELLA en el lugar indicado. Lo hicimos en un momento de íntima complicidad familiar.

De repente esas manitas ´doradas´ se unieron en oración, para decir susurrando:

- ¡Qué todos los que están enfermitos se curen, pronto!

- ¡Y, qué todos los hombres que se están peleando en las guerras, no se maten más!

- ¡PAZ!

Ese era su rezo nocturno, lo decía diariamente. En ese momento, frente a ´la estrella de nuestro árbol navideño´ le surgió, espontáneamente.

Esta oración fue lanzada al universo con natural unción y con la mejor intención del corazón puro de una niña.

Puntualmente, cuando lo indica el calendario en esta latitud-longitud esperanzadas, se dijo-dice-dirá... por siempre, con el mismo anhelo y deseo de aquel día.

Después, la familia reunida continúa con el ritual, cantando:

“Comeremos un pan dulce
cortado a la mitad ...”

¡FELIZ NOCHEBUENA Y FELIZ NAVIDAD PARA TODOS!

Magia Navideña



María Fernanda Maci mi ani

Días antes de Navidad, en el nuevo paseo de compras de Primero de Mayo pasó algo rarísimo. Todo estaba decorado para las fiestas navideñas. Los comercios habían invertido muchísimo en las fiestas de fin de año.

Lamentablemente esto no duró mucho. Solo una semana antes de Nochebuena, toda la decoración había desaparecido como por arte de magia. En una noche habían robaron todo lo que embellecía al paseo de compras.

Así fue que comenzaron a investigar la desaparición de bolas y bolitas, campanas y campanitas, nieve falsa y duendes de plástico, luces y guirnaldas. Hasta el mismísimo trineo con sus renos había desaparecido.

Solo había quedado en pie un Papá Noel gigante en la entrada del paseo, pero en muy mal estado, sucio y con un gesto extraño. El personal de limpieza se ocupó de dejarlo más o menos en condiciones para reabrir el centro comercial, ni bien hubieron terminado las pericias judiciales. También limpiaron el barrial que quedó en las veredas y calles linderas, seguramente debido a

la lluvia del día anterior. Porque en esta parte de Argentina no tenemos nieve en Navidad, bueno..., nunca tenemos nieve.

La investigación estaba casi detenida porque, en estas fechas todo se complica y porque pensaban que podía tratarse de una broma.

Pero había alguien que no había parado de pensar y pensar en el móvil del delito, quería descubrir al culpable. Era alguien que no estaba apurado por las compras navideñas.

Él tenía tiempo para jugar. Él podía ver un montón de personajes y monstruos con solo recostarse en el pasto mirando las nubes. Él era un poco volador (según su maestra).

Él era un chico con suerte, (según su mamá). Siempre entraba al centro comercial y lo recorría, conocía cada rincón. También podía subir a los juegos del patio infantil y dejar que su imaginación lo llevara aún más lejos que el Trencito del terror. Fue en una de esas vueltas infinitas que las nubes dibujaron todo en su mente. Él vio de golpe lo que había pasado por alto antes. Entonces corrió a su barrio, caminó por las veredas y con ojos sorprendidos vio las casas llenas de luces y adornos y guirnaldas

y campanitas que nunca antes había visto en esos lugares. Pensó en ir a contarle su descubrimiento a la policía, o a la directora del colegio, o a la señora, o a su mamá... pero... Él había notado destellos de colores en los ojos de su mamá, desde que la casa se transformó como las otras.

Lo que no les conté, es que la mamá de este chico, trabajaba en el centro comercial Primero de Mayo. Tampoco les conté que el chico se llamaba Dany.

Dany se dio cuenta de que sus vecinos nunca habían estado tan contentos. Nunca los había escuchado cantar así. Nunca los vio preparar tantas cosas ricas y compartirlas en las veredas. Pero se dio cuenta de que ya había visto la cara llena de luces de su mamá, alguna vez. “Se parece a la que pone cuando recuerda sus juegos de niña”, pensó el chico. Ella contaba que en Pablo Podestá los chicos jugaban en las veredas, los baldíos y los patios.

Dany pensó que la locura navideña lo había enfermado. Trató de justificar cada cosa, pero fue imposible. Así que preguntó a los chicos si sabían quién había decorado las casas. Nadie supo contestarle. Solo sabían que el barrio se había transformado



la noche del robo. Las cámaras no mostraban nada, no había testigos, ni huellas, ni sospechosos. Nadie podía acusar a los vecinos porque ellos también estaban sorprendidos. Todos hacían bromas y decían que al fin la magia navideña había llegado al barrio.

Así que Dany no tuvo más dudas. Él corrió y se abrió paso entre los clientes llenos de bolsas, se paró frente al muñeco de Papá Noel y vio que su gesto ya no era extraño, su nariz y mejillas estaban como pintadas nuevamente. Solo por si acaso, revisó las suelas de las botas negras que seguían con manchas de barro, y se dio cuenta de todo. A pesar de los gritos de los guardias, logró llegar al cuello de Papá Noel por una escalerita secreta. Ante las miradas de los vecinos y clientes, puso sus manos “así”, en la oreja del muñeco, para que nadie escuchara el secreto. Le dijo algo al oído, y le dio un abrazo graaaaaaaaande como una nube llena de luces.

Nunca se resolvió el caso de aquella Navidad tan especial.

Cuento de Navidad



Cecilia Glanzmann

Soy un árbol de Navidad, bastante grande, parecido a los naturales. Tengo mis años en la casa donde vivo, y he visto crecer a los niños de Elvio y de Mercedes, como antes mi antecesor, que era un verde pino de verdad, los vio crecer a ellos. Y... ¡ji, jo!, vengo viendo crecer a los hijos de esos niños que se hicieron grandes y me dieron el gran título de “Abuelo Árbol de Navidad”.

Los chicos primeros armaban con su mamá un pesebre con papel madera con engrudo, sobre piedras y cajas. Hacían sus cartitas o sus pedidos al “Niñito Dios” y las ponían en el pesebre. Después de unos años, las colocaron en mí, que estaba adornado con cuanto se les ocurría fabricar y con guirnaldas que me hacían sentir en cada diciembre y hasta después del día de Reyes vestido de fiesta, como para ir a un baile como el de Cenicienta con el Príncipe. He visto las caras felices de los cinco hermanitos cuando a la mañana siguiente o a la medianoche veían que no estaban ya las cartitas y sí regalos para ellos.

Y un buen día... con los nietos pequeños..., apareció Papá Noel en la vida de todos. A mí me dio pena que se olvidaran un poco del Niñito Dios... Las cartitas ya las dirigían a Papá Noel y las colocaban en mis ramas. Pero siempre se siguió armando el pesebre en el hogar de la chimenea.

Les voy a contar la historia de una Nochebuena en esta casa.

Aquellos niños que jugaban a las escondidas, cantaban villancicos y me contagiaban su alegría en cada Navidad, se han hecho grandes y viven en distintas partes del país y del planeta. No siempre pueden reunirse y extrañan todo aquello que vivían y que yo... bien recuerdo.

Es que ellos disfrutaban de ir a misa a vivir con muchos otros el espíritu precioso de compartir el encuentro con Jesús Niño, cenaban en familia agradeciendo el estar juntos, el estar sanos, el saber que siempre el abrazo de Dios estaba presente. El Espíritu de la Navidad ponía estrellas encendidas en los ojos que sonreían desde el corazón, en los chicos y en los grandes. Y... cuando se escuchaban las campanas, o la sirena a las 12 de la noche..., venían corriendo a ver si les habían dejado algún regalo.

En diciembre del 2019 empezaron a llegar a esta casa donde ya les dije que vivo desde hace un tiempo incontable. ¡Pero eran muchísimos!, no los cinco de los que les hablé. Aunque no era la primera vez que los veía, no siempre era a todos todos todos. Cuántos abrazos, lágrimas de alegría, horas contándose cuanto no habían podido del mismo modo por whats app o por video-llamada o por zoom. En cuanto me vieron, me saludaron contentísimos de volverme a ver y yo... me hamaqué un poquito, con el tilín tilín de mis adornos y luces. De tan contento, casi aterrizo. Qué desastre hubiese hecho.

-Hola Abuelo Árbol de Navidad -me dijo un pequeño con acento español.

-Hola, ¡qué bueno volver a verte!

-No sabes qué ilusión tenía de venir y de encontrarte. El viaje fue larguísimo, no te imaginas, pero mereció el esfuerzo. También para mamá y papá.

-Te recuerdo, ¡pero has crecido mucho!

-Ni me doy cuenta yo, pero me lo dicen a cada rato los tíos, los primos, los abuelitos. ¿Te puedo dejar la carta que traje ya preparada desde Zaragoza?

-¡Dale!, aquí tenés un buen lugar. Te lo estaba reservando.

-¿Tienes ese escondite mágico para los regalos, si es que viene Papá Noel?

-¡Claro que sí!

-Te quiero abrazar! Y sin esperar respuesta me abrazó. Nos fuimos los dos al suelo, vaya complicación que hicimos. Un estruendo, bolas de colores corrían por el living, algunas se rompían, las luces se desconectaron y sentí que esto no tendría arreglo.

De tanto que conversaban y se reían los grandes que estaban en el patio, ni supieron lo que nos había ocurrido. Pero... qué pasaría cuando me viesen. Mi amiguito se levantó, con una rodilla un poco raspada y nada más. Y se fue hasta el pesebre. De pronto, lo escuché decir:

-Niñito Dios que estás por nacer, por favor ayúdanos. No puedo solo levantar al Árbol Abuelo y esta noche todos tenemos que estar felices para celebrar que nacerás de nuevo en nuestros corazones para recordarnos que siempre estás, para que vivamos con paz y amor. Eso es lo que Tú quieres y yo... te escucho adentro. A mamá también le pasa y sé que a otros.

Una gran luminosidad nos envolvió y volví a estar no solo en mi lugar, sino con

toda mi elegancia de fiesta. Miré a mi amigo y estaba diciéndole al Niño del pesebre:

—¡Gracias! Yo sabía que nos ibas a ayudar. Cuánto te quiero.

De pronto, una gran algarabía. Entraron los grandes que estaban en el patio y me vieron. Varias voces se superponían.

—¡Hola nuestro amado árbol!, siempre estás hermoso, esperándonos. Esta noche, después de nuestro encuentro en familia con la alegría de estar todos juntos de nuevo para celebrar la Nochebuena, vendremos a visitarte.

Y alguien se animó a preguntarme: ¿podemos poner nosotros algunas cartitas, como cuando éramos chicos?

Le guiñé un ojo a mi compañerito y entre los dos les dijimos: buenísimo. Siempre habrá un espacio. Aunque me digan ya Abuelo, soy el de toda la vida: el Árbol de Navidad.

Cuento navideño



María Isabel Greco (Marisa)

Alguien leyó un artículo de Claude Lévi- Strauss y se enteró que en la tarde del veintitrés de diciembre de mil novecientos cincuenta y uno, se había condenado a Papá Noel a morir quemado en una hoguera. No era “el de verdad” sino una representación que primeramente ahorcaron en las rejas de la catedral de Dijon y luego incineraron en el atrio, ante más de dos centenares de niños. El pobre condenado se había incorporado a los festejos navideños proveniente de una publicidad de gaseosas estadounidenses en plena época de pos guerra, racionamiento y otras yerbas.

El motivo de la dura sentencia era que se lo consideraba una figura usurpadora y herética que paganizaba la fiesta cristiana.

Alguien sintió curiosidad sobre esta celebridad conocida como Papá Noel o Santa Claus y quiso saber de dónde viene, si tiene otros nombres, otras tradiciones, otras imágenes, una auténtica condensación de creencias arcaicas y tiempos modernos.

Y aquí comienza el cuento, o los minicuentos, o los títulos con los distintos

conceptos del foráneo gordo bonachón (aunque algunos no sean ni gordos, ni bonachones).

Casi todas las versiones del personaje lo conciben trayendo regalos en el mes de diciembre: a comienzos, para Nochebuena y Navidad, para Nochevieja y hasta pueden extenderse en unos días de enero, antes de la llegada de los Reyes Magos.

Santa Claus se llama Sinterklaas en los Países bajos. Usa mitra, llega en un barco proveniente de España acompañado de sus ayudantes, los Pedritos. Ellos arrojan galletas especiadas a la gente que los espera en el puerto, desde donde Sinter parte en un caballo blanco.

Jolupukki visita a los finlandeses entrando no por la chimenea sino por la puerta principal de la casa y entrega sus regalos solamente a los niños que se han portado bien.

Los 13 Yule Lads, los Hombrecitos de la Montaña habitantes de Islandia, descienden al llano a partir del día doce de diciembre, de a uno por vez, para agasajar a los pequeños bien educados y llevarse a los traviesos como ellos mismos, luego de haber buscado y paladeado los restos de los manjares que

quedan en los platos.

Amu Nowruz es el anciano iraní de barba plateada, ataviado con ropa y gorro al estilo de su cultura en tanto que Ded Moroz o el Abuelo del invierno ruso, con traje y gorro rojo ribeteado de piel y su larga barba blanca, llama a la puerta golpeando su vara y pide poéticamente un poema o una canción a cambio de un obsequio. Llegaba asistido por su nieta, la Doncella de la nieve, en un trineo arrastrado por renos o por tres caballos blancos.

En el norte ibérico los vascos tienen a un carbonero tragón, Olentzero, un hombre gordo y desarrapado manchado de carbón, que interrumpe sus comidas pantagruélicas para obsequiar a los vasquitos y vasquitas. Sus vecinos cántabros disfrutaban a El Esteru, un leñador que deja de trabajar para Navidad y con su ayudante El burru, fabrica los juguetes de madera para repartir en vísperas de Reyes.

Al palpador o Pandi gueiro revisa la panza de los galleguitos y galleguitas para ver si la tienen llena y aunque estén bien nutridos, les deja castañas. Su colindante asturiano, L' Angulero, el pescador de angulas vestido de marino con campera amarilla,

gorra con visera y pipa, el más joven nacido en el año dos mil ocho, es el que lleva regalos a los asturianos y asturianas.

Pero el hispano más cómico es el escatológico Tío de Nadal o La Toza, un tronco al que los catalanes y aragoneses más chiquitos apalean mientras le piden (con otras palabras) que defeque dulces.

Y hay más premios repartidos por Papá Noel o Santa Claus con otros nombres, como Colacho, derivado de Nicolacho, que entró a Costa Rica de la mano de las gaseosas, el Viejito Pascuero en Chile (porque los chilenos llaman Pascuas a la Navidad), el nonno Babbo Natale. También hay una dama, la strega Befana, una bruja italiana que en la noche anterior a la Epifanía deja caramelos y chocolates en los calcetines de los chicos que se portaron bien, y a los otros, pedacitos de carbón o bolsitas de cenizas.

Nisse es el protector de los granjeros noruegos. Viste como ellos, cambia de aspecto, se hace invisible. Es muy generoso pero también muy susceptible, se ofende fácilmente y le disgustan las personas irrespetuosas. Para que realice sus favores hay que dejarle un plato con avena.

El Crist Kind, el Niño Cristo pasa de-

jando sus regalos en los hogares de Alemania, Suiza, Austria, y toda la región hasta parte de Croacia.

El buen Papá Noel, con tantos nombres diversos y otros que le disputan su reino, tiene sus contrafiguras en el Pére Fouettard, el Coquemitaine (el Coco o el Cuco).

Los krampus feos y malos asustando con sus máscaras y cuernos son especialistas en la distribución de castigos . En América, los katchina del grupo Pueblo usan disfraces para no ser reconocidos y premian o castigan de acuerdo con las conductas infantiles.

En Japón hay un dios panzón, Hoteiosho, que lleva una bolsa de juguetes y una especie de abanico. Tiene ojos en la frente y en la nuca porque vigila cómo se portan los menores y hace sus entregas según lo que merezcan.

Dun Che Lao es la versión china, tal vez uno de los dioses de la fortuna, el que se mueve entre coloridas guirnaldas y adornos de papel, mezcla de Oriente y Occidente con traje de brillantes estampados y sombrero cilíndrico o cónico.

Cuando Alguien era chico/a oía decir,

como en casi todos los lugares mencionados, que había que portarse bien para recibir los regalos de Papá Noel.

Alguien recuerda las cenas de Nochebuena con no menos de veinte comensales, el sencillo arbolito en un rincón, las fuentes abundantes de comida casera hecha por la madre, la bebida puesta a refrescar en un piletón con barras de hielo por el padre, las tías ayudando a poner la mesa y los primos y hermanos corriendo por el patio como bandoleros, mientras las primas jugaban a la mancha de las estatuas y todos esperaban los bastones de caramelo, el regalo que llegaba con las doce campanadas.

En los últimos años, Alguien se cansó de ver juguetes sofisticados: juegos electrónicos, muñecos-robots que hablan, Tablet aerodinámicas, pistolas interplanetarias, todopoderosas espadas mitológicas, ajueres estrambóticos, coches alados, trenes ultrarrápidos y cientos de plásticos que cubren varios pisos de lúdicas estanterías destinados a algunas nenas y nenes que festejan un rato y se olvidan pronto, para empezar a desear otra cosa que seguirá el mismo destino, ignorando que otras nenas y otros nenes tienen suertes diferentes.

Como falta poco para la Navidad que es nacimiento renovado, milagro repetido, por qué no pensar en otros regalos, necesarios y acariciadores, recuperadores de las pequeñas cosas que se valoran cuando están ausentes y que lleguen a Todos los Niños juntando los poderes de Santa Claus, Pere Noel, Sinterklaas, Jolupukki, los 13 Yule Lads, Amu Nowruz, el Abuelo del Invierno, Olentzero, El Esteru, Pandigueiro, L' Angulero, La Toza, Babbo Natale, Befana, el Colacho, Viejo Pascuero, Nisse, el bello Crist Kind naciente y hasta los asiáticos Hoteiosho y Dun Che Lao, para poder creer e ilusionarse “en la generosidad sin control, en una gentileza sin segunda intención, en un breve intervalo durante el cual estén en suspenso cualquier temor, cualquier envidia, cualquier amargura” (Lévi. Strauss, 1953).

Seguramente ellos pueden volver a utilizar los viejos elementos, resignificar la rama de pino o acebo y colgar junto con golosinas y dulces, abrazos y besos, caricias y sonrisas, protección y seguridad para todos los niños y las niñas, los de los cuatro puntos cardinales, los de todas las ciudades, todos los campos, todas las mon-

tañas, todos los mares, todos los bosques, todos los desiertos, todas las praderas y aún todas las estrellas, sin importar dónde viven ni cómo son, solo que tienen patente de Niños.

El Esteru responde y comienza un rectángulo hecho con dos varas de tejos y dos varas de abedul, el Viejo Pascuero pinta una mirada de verde austral, le sigue Dun Che Lao con tres trazos dorados semejantes a un pico y Jolupukki con un círculo Ártico celeste . Cada uno de los restantes aporta algo a la obra colectiva: unas rayas, algunas pinceladas, muchísimos colores. Los Papás Noeles y sus sucedáneos pueden hacer más y mejor. Lentamente, con fruición, perfeñan juntos bocetos y tejen historias.

Hay un señor que tiene colibríes volando dentro de su cabeza con forma de piña. Una bandada de golondrinas ondea por el cielo llevando un pan dulce. Las torcazas dan vuelos cortos debajo del ciruelo repleto de frutas. El hornero hace su casa en el brazo de una estatua de turrón. A su alrededor, cantan villancicos los jilgueros y los zorzales, grandes copleros, derraman notas entre las nubes y sobre las flores.

¿A dónde van aquellos pájaros? Entran

en un árbol, navegan en un globo, crecen en las raíces y en las copas de los robles. Un funambulista anida un tucán. Dos payasos acunan varias palomas. Una señora y un hombre miran al pichón minúsculo en el nido grande. De un violín salen huevos brillantes y hay un árbol de gruesas raíces entre las que danza una bailarina, donde florecen ciento siete aves.

Un lápiz gigante diseña un corazón y una gaviota sonriente que crece y crece, dibuja figuras con su pico para que los Niños y las Niñas se asombren y ríen, para que Todos los Niños y las Niñas del Mundo tengan en la Navidad 2020, un mundo en paz, la pancita llena y el corazón contento.

La peregrina del monte



Marta Cardoso

Al acercarse las festividades decembrinas, mamá, antes de dormir, nos contaba historias de los inmigrantes.

Se sentaba a los pies de la cama y comenzaba diciendo:

—Hace muchos años, después de atravesar varios caminos, Amaro y Rosalía llegaron al monte más espeso de la pampa. La densa arboleda les daría el abrigo que necesitaban después de las penurias de la guerra. Los pocos pesos que traían se invirtieron en esa parcela montesina.

Apenas bajaron del barco, los arrinconaron con la oferta. No dudaron, tampoco tuvieron demasiado tiempo para pensar. Fue un viaje complicado, pasaron muchas penurias, pero, ya en la pampa, la grandeza del monte los enamoró para siempre.

Mi hermana Emilce, que estaba en la edad de las preguntas, la interrumpió:

—Mami, ¿por qué se fueron a vivir tan lejos?

—Vas a tener que escuchar la historia, mi amor. Sigo contando:

Día a día iban familiarizándose con la

espesura. Tenían la esperanza que en ese ambiente arbolado se aliviarían las penas que los acompañaban.

El lugar los fue cautivando. Alentados por las voces de los animales y el murmullo de las hojas.

—¿Tenían casa ahí? —Quiso saber Olguita.

—¡Ay, niñita, no seas ansiosa! Con tantas interrupciones, no voy a poder seguir.

—¡No interrumpas más! —ordené a mi hermana.

Mamá prosiguió así:

—Cerca de un árbol poderoso, el inmigrante comenzó a construir la vivienda. Mientras, su mujer recolectaba frutos y cazaba algún animal, cuya carne le daría sustento a una generosa comida. Como no había ríos, ni surgentes, ni lagunas, cavó unos huecos sobre el tronco del árbol e hizo tinajeras que le permitirían almacenar el agua de la lluvia. Hasta que un día, por esos misterios misteriosos que ocurren muy de tanto en tanto, se formó un pequeño lago de agua cristalina, donde un lúcido cisne nadaba contento.

Amaro construyó la casa más bonita que pudieran imaginar y Rosalía estuvo en todos

los detalles de la decoración. Era un pequeño hogar con estilo de postal navideña, tanto se parecía a esas imágenes que, desde las ventanas, salían chispeantes lucecitas que enamoraban a las luciérnagas.

Mientras, Rosalía cocinaba mermeladas y jaleas de los frutos que les proveía el monte y otros dulces que producía con sus hábiles manos. Amaro construyó un carruaje, luego caminó hasta unas chacras vecinas, necesitaba comprar un caballo para tirar el carro. Al no conseguir, se puso triste, ¡muy triste! Rosalía, al verlo tan apenado, dijo:

–No te preocupes. Lo traerán los ángeles.

Su esposa siempre tenía palabras amorosas para calmar las penas.

Al otro día, comenzó a oírse un relincho tras otro. Amaro salió corriendo. Un caballo blanco se miraba en el espejo del lago.

Cuando Rosalía lo vio llegar con el animalito, sacó su pañuelo rojo y lo atusó en el aire diciendo:

–¡Gracias, angelitos! Sabía que no me iban a fallar. En el carro tirado por el hermoso caballito, Amaro llegó al poblado más cercano a ofrecer los dulces y jaleas

que producía su esposa. En cada frasco, se transmitían los mensajes secretísimos de “La peregrina del monte”.

Enseguida comenzó a difundirse la noticia de los dulces, los secretos mensajes y el misterio de la mujer del monte. Todos preguntaban por ella.

Para no desalentar a la gente, Amaro le propuso a su mujer:

–¿No te gustaría acompañarme, Rosalía?

–Prefiero quedarme. Hay mucho trabajo aquí.

Cada vez que su marido la invitaba, ella encontraba una excusa para no acompañarlo.

–¿Por qué no lo quería acompañar? –preguntó Emilce, con mucha curiosidad.

Mamá bajaba la voz:

–Quizás allí estaría la clave del misterio, pequeña niña. No sé.

Un día Rosalía vio que se avecinaba una terrible tormenta de viento. Amaro no había llegado a la casa, calculó que aún le faltarían varias horas. La mujer caminó hasta el lago, sacó su pañuelo rojo, lo atusó en el aire tres veces.

A los pocos minutos, Amaro llegó con la noticia:

–Había una horrible tormenta. Estaba

buscando un refugio cuando el caballito comenzó a galopar con tanta velocidad que tuve que cerrar los ojos. Te aseguro, Rosalía, el caballo no trotaba; volaba.

Mientras su marido descansaba del largo viaje, ella salió al patio, miró al cielo, atusó el pañuelo rojo y dijo:

—¡Gracias, angelitos! Sabía que no me iban a fallar.

Luego de la cena, Rosalía siguió con su tarea. Deseaba cumplir una misión. Una misión que se había prometido a sí misma y, para lograrla, debía trabajar mucho, mucho.

Semana a semana, Amaro viajaba hasta el pueblo con su carrito de dulces y sorpresas que Rosalía enviaba a la gente.

Se sorprendían cuando leían los mensajes y se preguntaban:

¿Cómo sabría la peregrina que la abuelita estaba enferma o que la señora Tita había tenido un nuevo bebé? Por los mensajes que recibían, la gente del pueblo estaba cada vez más convencida de que la peregrina era sabia, profeta o bruja. Todos preguntaban por ella. Seguían llegando los mensajes y comenzaron a tejerse cientos de fantasías e inquietudes que caían como gotas de agua:

—¿Por qué no viene la peregrina a vender

sus dulces? –preguntaban las mujeres.

–A mi esposa le gustaría conocerla –le dijo, un día, el intendente del pueblo.

–¿No la puede traer en alguno de los viajes? –insistían los niños que dejaban la pelota para acercarse al vistoso carro, adornado con flores, frutos y ramas destellantes.

–Mamá, ¿qué misión sería esa, que no podía salir de la casa? –preguntó Gloria.

Emilce y yo dijimos a coro:

–¡Seguí, mamá! No cortes la historia.

–Bueno, no se enojen –Mami tomó unos sorbitos de agua y continuó.

Ella, sin salir de su casa, se había convertido en la persona más atrayente de la zona. Solo podían imaginarla e inventar las más interesantes fábulas.

En la escuela, los niños comentaban sobre ella:

–Me contó mi abuelo que la peregrina es una mujer muy viejita, tiene el pelo largo, largo hasta los pies, y de andar por el monte se le puso verde –alardeaba José con mucha euforia.

Rita agregaba lo suyo:

–Me dijo mi tía Violeta que la peregrina camina descalza. Durante las noches, le

canta a la luna y a las estrellas, pero los días oscuros invoca a los seres del universo para que los niños de todo el planeta reciban amor.

A partir de entonces, Amaro regresaba al monte cargado de mensajes.

Eran cartas de niños, de abuelos, de madres, de mucha gente que le contaba sus problemas y pedían sus deseos. ¡Comenzaron a llegar cientos y cientos! ¡Tantos que la peregrina tuvo que responderlos, únicamente, para Navidad!

—¿Qué decían esos mensajes? —Olga estaba inquieta por conocer más y más de la historia.

—Era un misterio, solo los destinatarios podrían contarlo. Esos mensajes llegaban en el momento justo.

—¿Vos recibiste alguno, mamá? —pregunté con más curiosidad que antes.

—Nunca le escribí porque cuando yo nací, Amaro no venía hasta el pueblo. Los chicos dejaban los mensajes en el buzón de la esquina y ponían la dirección en el sobre, pero yo no lo hice.

—¿No te hubiese gustado recibir uno de esos regalitos y comer el dulce que preparaba la peregrina? —Quiso saber Gloria.

–Me hubiese encantado. Lo que se dijo mucho tiempo después fue que la peregrina era una inmigrante que había perdido a sus hijos en la guerra. Al llegar a La Pampa, decidió confinarse en el monte y se propuso cumplir una misión enviando mensajes de paz, amor y esperanza.

–Entonces, ¿los angelitos que ella invoca son los hijos que murieron en la guerra? –pregunté a mamá.

Emilce salió corriendo, fue al costurero de mamá y apareció con un pañuelo de gasa roja.

–¿Qué vas a hacer con ese pañuelo?

–Les voy a pedir a los ángeles de la peregrina que cumpla un deseo.

–¿Qué deseo?

–Es un secreto, no te puedo contar.

Al otro día, cuando Emilce regresó de la escuela, venía cantando de alegría.

–Mami, mami, los angelitos de la peregrina me cumplieron el deseo. Ahora te lo puedo contar porque ya se cumplió.

–Sí, ¿Qué era eso?

–Les pedí que curaran a la señorita Clara. Como ya se curó, mañana volverá a darnos clase.

Olga y Gloria miraron a mamá:

-Mami, ¿le podemos escribir una cartita a la señora del monte?

-Sí, escriban esas cartas y quizás, para Navidad, reciban sus noticias.

Esa noche nos fuimos a dormir, esperando ansiosas que al otro día nos despertara el sol, para mandarle una carta a la peregrina del monte.

Regalo de Navidad



Darcy Mell

Escondida debajo de la mesa los veo pasar a montones, patas peludas, otras con plumas, dinosaurios en manada, organizados con armas en busca de creadores, de pensadores, de los dueños de la magia.

Día a día, siempre de 5 a 6, ellos de manera inevitable rastrean incansablemente por todos lados, con sus narices humeantes de vapores repugnantes y con sus ojos odiosos y esos dientes punzantes de filo cruel.

Buscan, a paso firme, y se escuchan como si fuesen corazones a punto de estallar

de ira, porque sí, con furia y si nos encuentran nos llevan al Valle del no Pensar.

Los dinos ya se llevaron a muchos y no quiero ser una más.

Por suerte, al menos, solo lo hacen de 5 a 6, el resto del día no pueden detectarnos, por lo que continuo con mi vida “normal”; escribo, bailo, canto -me encanta cantar-, imagino, divago, me voy más allá, e invito a las hadas, a los duendes y hasta al Ogro que vive por allá, todos... el Lobo Feroz, el

Ratón Pérez, el Ratón González, un pez volador, la ballena de Pinocho, (Pinocho también) y todos, los conocidos y los otros, están invitados a pasar.

Mi mesa es grande para merendar pero de 5 a 6 nadie puede pensar, imaginar sería letal.

El Elefante volador siempre tarda en llegar porque trae en su lomo a quienes no pueden viajar. Él es tan bueno y memorioso, que recuerda a todos y los pasa a buscar.

Es peligroso transitar si los dinos están, aunque sólo de 5 a 6 te pueden atrapar; el resto del día es normal, monstruos, gallinas parlanchinas y hasta un oso polar, dialogan sin problemas por el qué dirán.

Un gnomo me viene a saludar y me regala un lápiz que escribe sin tocar.

Vivimos en el tiempo del azar, había una vez, dos y otra más, ¿quién sabe cuál será?

Casi no tenemos miedo, hasta me hice una alfombra voladora con motor ultra D, así ayudo al Elefante, que de tanto viajar por los aires quedó más flaco que un grisín.

Las historias nacen cualquier día, menos de 5 a 6, después crecen, se comparten y se van...

Viajan en las voces de los juglares y en

los castillos y en los pueblos los niños y niñas las suelen escuchar pero jamás de 5 a 6, ustedes ya saben por qué.

Cierren los ojos, empiecen a mirar, vean con cuánta imaginación crearán, escriban, que nada se pierda; total los dinos solo vienen de 5 a 6. Antes o después nada te harán.

En mi casa, que es un pueblo, la mesa crece, se hace más larga, las paredes no tienen más remedio que crecer también. Maravilloso, la mesa larga tiene principio y no tiene fin.

De 5 a 6 nadie pensará. Habrá silencio total; los dinos pasan y pasarán pero a nadie encontrarán.

Bajo mi mesa larga, larga sin final, siguen llegando los que quieren crear...

“Una vez un niño inventaba un cuento y estaba tan divertido que no pudo parar, los dinos llegaron pasadas las 5 y 10... Y lo descubrieron, le robaron los párrafos y el resto del cuento sin finalizar, lo pusieron en una caja de metal y lo llevaron al Valle del no Pensar”...

“Los dinos son fantasmas -dicen por ahí-, almas malas, frustradas, rencorosas y, obvio, sin risas”.

Podemos echarlos aun de 5 a 6, si todos juntos reímos una, dos y tres.

De 5 a 6, una vez salimos unidos a reír y los dinos no sé si vinieron o murieron pero yo vi un humo negro muy negro, tan negro como el gato más negro del cuento más negro de la bruja más negra de todas las negruras la más negra y desde ese día desde el Valle del no Pensar se escuchó la risa de todos, hasta la del niño que no había terminado el cuento.

Ese día, al fin, merendamos todos de 5 a 6, comimos torta, facturas, chupetines y helados y el niño que no había terminado su cuento nos regaló el final de su historia en mi infinita mesa sin final.

Y la Nochebuena y la Navidad de ese año fueron las mejores que se recuerdan desde esa vez porque todos juntos y unidos cenaron en la mesa sin fin, compartiendo la ilusión y la esperanza de vivir en un mundo mejor donde todos opinan y se respetan. Un mundo donde todas las personas podemos compartir y soñar con libertad.



Armar El árbol

Mari Betti Pereyra de Facchini

De repente se acordó que hoy era 8. Miró el reloj. Pronto se-rían las diez de la noche y aún estaba en preparativos para la escueta cena. Había programado acomodar el pesebre y pre-parar el arbolito de Navidad o al menos cepillar sus partes y ensamblarlas, para ir adornándolo durante la semana, pero Alfredo no lo había bajado del altillo. La excusa le venía bien porque estaba rendida.

Terminaron de comer y limpió la cocina. Al guardar los últi-mos utensilios, se prometió ocuparse de lo navideño al día siguiente.

Se acostó tarde y le costó conciliar el sueño. Quizás fuera el cansancio. En una especie de duermevela veía pasar los arbolitos decorados en su niñez y -lo más lindo- a su mamá coordinando la tarea con el entusiasmo de una niña. Con su hermana, proponían, en una especie de competencia,

la rama en que colocarían al adorno nuevo que, según la costumbre,

le agregaban cada año. Siembre buscaban en las vidrieras de los negocios uno que les resultara raro.

Tal vez pasaron unos sueños fugaces. Después, nuevamente, la figura del árbol entre las sienes. Ahora eran sus hijos quienes participaban de la escena. Los primeros, en medio de un desorden de papeles y brillos en torno a la mesita donde lo armaban, cuando vivían al lado de la Nona Amalia, a la que corrían a buscar para mostrárselo al terminar de decorarlo. A la abuela le gustaba ubicar el suyo sobre la heladera.

Después fue en la casa nueva. Mientras desenvolvían globos, aparecían las figuras del pesebre, luces intermitentes, guirnal-das... Valeria acomodando una serpentina dorada, donde apoyar la cuna en que acostaría al Niño Jesús. Siempre terminaban poniendo dos: el de yeso y el de plástico, el viejito, el que fue de la abuela Rosario, que también les compraba una bombita nueva para ellos. Mientras Fernando, trepado a una silla, probaba puntales que competían con la estrella.

Cree que fue ahí cuando se despertó. Tal

vez la conciencia de saber que ahora ellos tienen su casa y su árbol.

Recordó que el año anterior lo había armado ayudada por Galo, con bombas plateadas y azules como las lucecitas que Néstor, el hombre de al lado les comentó dónde conseguirlas porque en el centro ya no había. Durante los cinco años anteriores le habían colgado globos y juguetes más coloridos, todos los que había en la caja, aún los más antiguos, que en definitiva resultaban más atractivos para su nieto, sobre todo cuando era casi un bebé y sólo manoteaba entre los envoltorios desparramados en el piso algo que le llamaba la atención. Años atrás, su mamá había comprado una guirnalda cuyas luces semejabán pequeñas frutas escondidas entre las hojas de papel verde, y que al fin fue elegida para adornar la galería donde cenaríamos todos juntos. Le parece que fue la vez en que llenó al árbol de moños rojos que compró en la tienda de Carmen, la que está cruzando la calle.

El rojo trajo a la memoria el año en que los chicos fabricaron cajitas rojas y doradas que ataron con cordones brillantes, para

darle un toque original. A las tías les encantó verlo. En otra oportunidad juntaron piñas de los pinos de la costa del río y los pintaron, colgándolos entre pequeñas bombas verdes.

Cierto final de octubre, fueron a Buenos Aires y aprovecharon a comprar adornos novedosos – lo importado había irrumpido en el país – Así el árbol estrenó muchas cosas que mostraban con alegría a los amigos que venían a jugar. Quisieron ponerlo en la galería o el patio, pero temían que el viento rompiera algunas. La mayoría era de vidrio y se quebraban con facilidad. Fue cuando se reunieron en su casa los hermanos: Dante, Silvia, Mirta, Dora y sus familias.

¿Por qué torearía tanto su perro Pirata? Quizás intuyera lo que ella estaba evocando. También él con su madre, la dalmata Jacinta, había estado jugueteando junto a otros perros, alrededor del pino de la plazoleta, que adornaron dos o tres años con los vecinos en esa esquina compartida. Los nietos de Cleire eran los que más se animaban a subir a la escalera para enganchar los adornos en la parte más alta. Mientras Teresita, Carmen, Luisa, Dolly ...le alcanza-

ban las cosas.

En ese lugar estaba la ermita de Nuestra Sra. de la Medalla Milagrosa. Allí, muchos años antes, sus niños y demás chicos del barrio, vestidos por sus madres como los personajes del pesebre de Belén, habían representado el nacimiento de Jesús. También lo hicieron los jóvenes del barrio. ¡Y hasta los mayores se animaron una vez! Ella se había vestido de pastora y recitado un poema y su esposo representó a uno de los Reyes Magos. Otros cantaban, rezaban el rosario o repartían golosinas. Las señoras más grandes: Tía Alcira, Doña Nelly, Petra, Carmen Mansilla, Luisa de García, Isabel Alaniz... eran las primeras en llegar y contemplaban la escena con un sentimiento religioso teñido de ternura y amistad.

Cuando los hijos estaban en la universidad, le tocó armarlo sola, muchas veces. Alfredo ocupaba su tiempo en la tapicería, aunque al cerrar el taller le ayudaba con los detalles, sobre todo con las luces y las cintas de papel laminado. .
Un fin de curso en que tomaba los primeros exámenes, al regresar de la escuela se relajaba dibujando círculos de distintos ta-

maños en cartulina de colores. Luego, mientras tomaba mate, escribía en ellos breves frases como deseos : "¡Más comprensión! . Mucha alegría. Más justicia. Te quiero. Dame Fe. Todo mejorará..." Y los ataba con un moño

a modo de bombita. Al entregar los regalos, cada cual podía arrancar uno y llevárselo como un augurio. Quizás fue aquel diciembre en que ambas abuelas se pusieron mal de salud.

Se puso a rezar. Quería dormir pues mañana debía levantarse muy temprano. En el último avemaría, los párpados le pesaron, pero antes de cerrarlos se alcanzó a ver: estaba bajando de la parte alta del placard una vieja caja con tarjetas navideñas que había recibido y guardaba desde hace mucho. ¡Claro! Ese año las colgó a todas en el arbolito. Su madre las solía colocar sobre las ramas a medida que las recibía, pero ella las puso solas, sin otro adorno que el una estrella. Fue entonces que creyó vislumbrar una idea. Pero el sueño la venció.

Al despertar fue a preguntarle a su esposo si con su vecino Peralta adornarían a los árboles con franjas verdes y rojas,

como otras veces. Al cruzar el jardín vio al paraíso que se alzaba cerca del portón. ¡Cómo había crecido! En ambas veredas crecían árboles custodios, pero su copa era tan grande, tan generosa...!

Entonces se concretó en su mente la idea apenas insinuada esa madrugada, antes de dormirse : el paraíso sería su árbol de Navidad 2020. Un árbol vivo, plantado en medio de la vereda y compartido, como la vida, con la gente que quería. Pudo sonreír porque ya sabía cómo lo adornaría : Con cartas, algunas con destinatarios concretos de su familia y del barrio, otros, sin nombre, para una persona del pueblo que estuviera sola o, simplemente, para alguien que al pasar, sintiera la necesidad de unas palabras dedicadas a él.

Desde ese día cada noche se acostaba más tarde. Alfredo suspiraba pero la dejaba hacer; sabía que cuando ella quería escribir, nada la detenía.

El 23 a la siesta, terminó todos los mensajes. Esa tardecita perforó un ángulo de los sobres donde a la mañana siguiente ataría, una lana de color .

El 24 fue la primera en levantarse..

Desayunó parada junto a la mesada mientras repasaba mentalmente los regalos. Estaban todos. ¿Se asombrarían al notar que no tenían la acostumbrada tarjeta navideña? ¡Ya la descubrirían en el árbol!

Era temprano. Buena hora para preparar la ensalada de frutas antes de que comenzara a sentirse el calor, pero antes quiso abrir la ventana para que el aire fresco ventilara la cocina. Además, estaba ansiosa por mirar al árbol, como si quisiera explicarle lo que más tarde haría en él.

Corrió las cortinas, destrabó al ventanal y estiró con fuerza sus brazos para abrir los postigos. ¡Oh, Dios mío, lo que vio!

El viejo paraíso, dejaba bailar sus hojas con un verde inusual, con un no sabía qué que lo hacía parecer más alto, majestuoso y vívido. Su tronco lucía ese brillo que siempre le queda después de llover y de sus ramas colgaban temblorosas cintas de seda, de colores radiantes, en cuyos extremos se enlazaban

los sobres con las cartas que había redactado y entendió que muchas otras, pues ella no había escrito tantas como veía. Quiso correr hacia él, pero su cuerpo se

movía tan levemente que creyó que un ángel la llevaba a upa.

Vecinos y parientes, acudían a mirarlo y se maravillaban al encontrar un mensaje para cada uno. Al terminar de leerlo sonreían con un leve suspiro y regresaban a su hogar con una especie de resplandor que se derramaba desde los ojos a las manos y se escapaba de la boca al saludar a los otros.

De la rama más torcida, una que hasta ayer parecía medio seca, pendía un sobre de ambiguo color, al que cada vez que quería mirarlo de cerca, una brisa tibia se lo sacaba de las manos, Sólo pudo agarrarlo pasada la medianoche, cuando todos habían sido retirados por sus dueños. En el dorso estaba su nombre y no tenía remitente.

Nunca puede terminar de agradecer el asombro y la alegría que la habitó, la misma que descubrió en los rostros de quienes vieron la luz de Navidad en la cuadra de siempre.



Mario Fidel Tolaba

El colectivo llegó a San Salvador de Jujuy después de largas horas de viaje. Dudó en bajar, se quedó meditando por un instante sobre el motivo que lo llevó allí. No encontraba razón más que la de escapar del ruido de la ciudad y querer olvidar aquel amargo trago en su vida. En ese momento subió un niño de unos ocho o diez años y tomó el asiento de al lado sin decir palabra. Sorprendido, el hombre preguntó:

—¿Vi ajás solo?

El niño no contestó la pregunta, solamente lo miró con unos grandes ojos negros que irradiaban tristeza.

—¿Hacia dónde vas? — insistió el hombre.

—A La Quiaca —respondió en voz baja, casi en silencio.

—¿Y tu mamá?—

—Se ha muerto ayer— dijo secamente y dejó escapar un profundo suspiro.

El hombre, se quedó contemplando la figura del niño, eso lo detuvo, no bajó, decidió seguir.

El resto del viaje permanecieron en si-

lencio. Había algo que lo intrigaba.

Al llegar a la terminal de La Quiaca, destino final del colectivo, ambos bajaron y se despidieron amablemente deseándose suerte. El hombre quedó mirando perderse la figura diminuta en la sombra de la noche. Pensativo, no lograba comprender su presencia allí. Luego salió en busca de alojamiento para descansar.

Al día siguiente se levantó temprano, miró el cielo y lo vio más azul que nunca, respiró un aire más puro. Esto lo conmovió tanto que dejó caer algunas lágrimas. Salió del alojamiento y comenzó a caminar por las calles, sin rumbo fijo. Miraba las casas, algunas personas lo saludaban al pasar. Todo era nuevo para él.

Salió de la ciudad y caminó por el campo, meditando en su interior sin tener en cuenta lo que había a su alrededor la melancolía y el recuerdo del hijo muerto en Malvinas, invadía el paisaje. ¿Qué hacía Elebrando Avaca, un empleado del Banco Hipotecario Nacional, el que tomó el primer colectivo que encontró en la terminal de Retiro en Buenos Aires, sin rumbo cierto, qué hacía aquí?

Hasta que llegó al pie de un cerro y

decidió subir. Al llegar a la cima contempló la inmensidad del paisaje. Sintió estar más cerca del cielo y se puso a conversar con su hijo perdido. Le contó sus tristezas, sus deseos, le dijo cuánto lo extrañaba. No se dio cuenta del paso de las horas en ese lugar tranquilizador.

Al caer la tarde, inició el regreso, pero, siguió un rumbo equivocado. A medida que avanzaba se alejaba más de la ciudad.

De pronto, a lo lejos le pareció ver un resplandor. Eran las chapas del techo de una escuelita en medio del campo. No veía casas cerca. Se encaminó hacia ella. La maestra lo atendió amablemente y lo invitó a pasar la noche en una de las pequeñas aulas.

En el amanecer, observó la llegada de los niños. Entraban temblando de frío, con las ojotas y zapatos rotos, los pantaloncitos viejos, envueltos en sus ponchitos y mantas descosidas. Cansados después de haber caminado dos, cuatro, seis kilómetros.

Le pareció encontrar en cada uno de ellos la misma imagen de aquel compañero de viaje, cuyo recuerdo aún le daba vueltas en la cabeza.

Los chiquilines saludaban con amabili-

dad y lo miraban con desconfianza, algunos se alejaban. Les causaba temor la mano que le faltaba, la que perdió en un accidente. Entre cuchicheos decían:

—¡Es manco! ¡Es manco!- Señalaban su mano.

Compartió con los niños y maestros un jarro de mate cocido con leche y un pedazo de pan casero preparado por Asunción, la cocinera de la escuela.

Divagando en sus amargos recuerdos, por un instante entendió que su sufrimiento era mínimo al lado de estos niños. Trazaba en su mente la manera de poder alegrar la vida de esos pequeños olvidados en las alturas de la patria.

Regresó a la ciudad, corriendo por un sendero de tierra. No sentía el cansancio, ni la quemazón del sol, solo la mirada de esos niños que se metieron en sus retinas lo animaron a seguir.

Al llegar al pueblo compró algunas latas de pintura y volvió a la escuela. Se pasó la noche dibujando y pintando niños que jugaban en un parque, rostros de soles, nubes alegres, pájaros cantores y coloridas flores en cada una de las paredes.

La mañana siguiente, fue inmensa la ale-

gría de los changuitos, al ver tanto color en las paredes de su escuelita. Contemplaban incrédulos cada dibujo, a ratos saltaban, se abrazaban, reían y corrían incansablemente.

El hombre entendió que tenía una gran razón de vivir y desde entonces pasó por distintas escuelas de la Puna, pintando las paredes con alegres dibujos infantiles.

Al final de cada dibujo dejaba su firma con el nombre: SHAMO. (Solidaridad, Honestidad, Amor, Modestia, Optimismo) y pedía silenciosamente:

*“Don Dios
cuando ya no esté
cuidalos siempre
a mis changuitos...”*

Cerca de fin de año, una flor amanece sobre el monolito de la avenida Héroes de Malvinas. Es signo del regreso de Shamo, benefactor de la Puna. Es la llegada de la Solidaridad – la Honestidad – el Amor – la Modestia y el Optimismo a los confines puneños.

Shamo llega cargado de panes de navidad, ropas y juguetes que junta durante el año en la gran ciudad. En noches lluviosas, iluminadas por relámpagos y el retumbar

de truenos que se pierden entre los cerros; en madrugadas de frío que congelan hasta los huesos; o mediodías de horno expuesto al sol; o en tardes arremolinadas de viento y tierra; aquel hombre, como un ángel toca tenuemente la puerta de algún recóndito rancho de la enigmática Puna, para compartir su amor con sus coyitas del corazón.

En nochebuena alguna puerta de un rancho perdido entre los cerros se abre para recibirlo. Y a la mañana siguiente algún niño sale en su bicicleta reluciente, para el día de los inocentes una pelota nueva rebota entre las peñas, para año nuevo las muñecas se reúnen al costado de los corrales y para reyes se escuchan silbatos, camiones y autos en caminos de tierra.

Liborio, un joven que anda en la silla de ruedas que le regaló, corre por los pasillos del hospital de La Quiaca para recibirlo con un fuerte abrazo.

Hasta que se fue en un enigmático atardecer. Alas abiertas al viento, siete águilas se reunieron en vuelo circular para recibir un amigo que venció al tiempo y eternizar la inquebrantable relación cosmos- hombre - naturaleza.

Hojas en blanco se llenaron de ilusión,

manos abiertas leerán sus mensajes con ojos del corazón. Las distancias, ni los silencios borrarán las páginas escritas con amor. Su alma solidaria seguirá por los senderos trazados con su huella, como los rayos de luz que atraviesan las nubes.

(En memoria de Elebrando Avaca, SHAMO)

La Estrella de Belén. Un cuento de Navidad

Gl adys Abi lar

Agustín bajaba del cerro arriando a su mula que llevaba una parva de yuyos sobre el lomo. Su madre le solía encargar esta tarea ya que vivían de la venta de yerbas medicinales que luego vendían en el pueblo. Habían quedado desprotegidos desde que su padre los abandonara.

De pronto algo llamó su atención. Un tenue destello entre las piedras a la otra orilla del río, se encendía y se apagaba. Agustín reparó en él. Ató la mula a un algarrobo, arremangó sus pantalones y cruzó las aguas heladas. No podía creer lo que estaba viendo. ¡Una estrella! Estaba lastimada y sangraba. El niño la recogió y la observó de cerca. Quedó atónito cuando ella balbuceó:

-Ayúdame por favor... tengo que llegar.

-¡Puedes hablar! ¿Qué te pasó? ¿Dónde quieres ir?

-He sido atacada por mis hermanas, no podían aceptar que yo haya sido la elegida.

-¿Elegida para qué?

-Para alumbrar el camino a los Reyes Magos hasta el pesebre donde nacerá el Me-

sías, en un portal de Belén. Tengo que llegar, -sollozaba- ¡Ayúdame!

-Estás herida. Te llevaré a casa y te curaré. ¿Queda lejos ese lugar?

-Muy lejos. Tengo un largo camino por delante.

Agustín la llevó a su casa, un humilde rancho de adobe con techo de ramas. Su madre lo vio llegar y pronto le prodigaron a la estrella todos los cuidados. La colocaron en una caja cubierta con lana de oveja para que se sintiera protegida. Le aplicaron compresas, ungüentos y otros remedios caseros. Pero la herida no paraba de sangrar y ellos no tenían medicina. Agustín decidió bajar al pueblo a comprar lo necesario. Debía hacerlo caminando pues la mula estaba esguinzada y el trayecto era escabroso. La madre le dijo que esperara hasta el otro día pues ya casi era de noche.

El niño insistió aludiendo el grave estado en que se encontraba la estrella. Como no tenían ni un centavo, la madre le ordenó vender la única oveja que les había quedado luego del ataque que sufriera el rebaño a merced del lobo.

Agustín tenía miedo. No había nadie que lo pudiera acompañar. Sólo la oveja. Sin embargo juntó coraje y emprendió el viaje.

Decidido a salvar a la estrella para que cumpliera su misión, acortó camino y cruzó ríos, montañas, desafió precipicios y así, con las rodillas y las manos lastimadas de trepar por las piedras, llegó a la farmacia del pueblo con su oveja. Estaba cerrada. Golpeó a la puerta con fuerza. Nadie respondía. Insistió hasta herir sus nudillos y por fin una ventana se abrió y un anciano cascarrabias lo atendió. Primero soportó el insulto por haberlo despertado en medio de la noche, y aceptando el tributo de la oveja el hombre le entregó la medicina.

Agustín desanduvo el camino con prisa, superando los miedos, la oscuridad, los ruidos nocturnos hasta llegar a su hogar y sentir la tibieza de ese refugio.

La estrella había empeorado. Sólo se oía un gemido “debo llegar, debo llegar...” El niño cayó de rodillas junto a ella.

—¡Estrellita, estrellita, no te mueras! Yo te curaré. Traje los remedios que te salvarán y podrás ir a ese lugar donde te esperan. ¿Sabes? Ahora que eres mi amiga, no quisiera que te vayas. —No pudo continuar, la voz se le quebró, las lágrimas rodaban por su rostro. La estrella alargó con dificultad sus manitos y se las secó.

—No llores. Todos tenemos una misión en la vida. Debo cumplir con la mía. Tal vez alguna noche me veas brillar en el cielo. Yo

te protegeré por siempre.

El niño lloraba en silencio, no se apartó de su lado hasta lograr sanar sus heridas. Cuando el sol brilló al amanecer, la estrella estaba curada.

- ¡Estrellita, estás curada! -la tomó con cariño y la apoyó en su pecho.

- Gracias a ti Agustín. Me cuidaste toda la noche. Eres mi mejor amigo.

Agradecida, se despidió del niño y su madre y se elevó al cielo hasta desaparecer.

Ese día, Agustín y su mamá bajaron al pueblo a vender yuyos y comprar comida; era la cena de Noche Buena. De regreso recordaban con nostalgia a la dulce estrella. Cuando próximos a llegar una gran sorpresa los paralizó.

- ¡Mira mamá! ¡El rancho desapareció!
¡Hay una casa y un corral con ovejas!

- ¡Ha llegado la Navidad!

Índice



La Para acompañarlos en esta (y otras) Navidad

Marcelo Bianchi Bustos / Alejandra Burzac Saenz // Página 4

Invitado Especial

Pinocho, Caperucita y Cenicienta camino a Belén

Carlos Rubio // Página 7

Autores // Página 13

La estrella de Oriente

Sarah Mulligan // Página 14

El Cofre

Alejandra Burzac Saenz // Página 22

Regalo de Navidad

María Julia Druille // Página 26

Navidad en el pueblo donde no había ningún árbol

Olga Fernández Latour de Botas // Página 28

Complicidades

María Paula Mones Ruiz // Página 32

Una historia que comienza

Ana María Oddo // Página 34

Celeste y el Burrito Belén

Honoria Zelaya Nader // Página 37

Una estrella para el árbol navideño

Graciela Pellizzari // Página 41

Magia Navedeña

María Fernanda Macimiani // Página 43

Cuento de Navidad

Cecilia Glanzmann Página 47

Cuento navideño

María Isabel Greco (Marisa) Página 52

La peregrina del monte

Marta Cardoso // Página 61

Regalo de Navidad

Darcy Mell // Página 70

Armar El árbol

Mari Betti Pereyra de Facchini // Página 74

Shamo

Mario Fidel Tolaba Página 83

La Estrella de Belén. Un cuento de Navidad

Gladys Abilar // Página 90

Este año tan particular por el que se ha atravesado resignifica el sentido de la Navidad. Hoy más que nunca es una fiesta del amor y la de un nuevo nacer, el de él y de cada uno de nosotros que renacemos con más fuerza y con esperanza.



ACADEMIA
DE LITERATURA
Infantil y Juvenil

Asociación Civil